

Méjico, 1° de Julio de 1859.

Supuesta mi decidida vocacion de cortesano perfecto, y creyéndote ya hoy dia suficientemente catequizada y apta para venir á dar honor á nuestras Batuecas, he resuelto por todos los caminos posibles comenzar á prepararte el nido en que has de venir á vivir, y de donde has de lanzar tu vuelo á la vida civilizada de Méjico. Busqué por consiguiente en una de las mejores calles una habitacion decente, y he tenido el gusto de encontrarla, que ni mandada hacer. No tiene todo lo que yo quisiera; pero mis amigos dicen que no debo pararme en pequeñeces.

Primitivamente dicen que esa casa tenia algunas comodidades; pero el dueño creyó mas oportuno quitárselas para poder aumentar la renta, y á fé que tuvo razon.

Antes tenia una sala amplia y unos corredores, que ademas de ayudar á la ventilacion, no obstruian para nada la luz; pero hoy aquella está dividida por tabiques para aumentar el número de piezas, aunque ninguna queda útil, y estos se han convertido en unas lindas pajareras en las que un cristiano tiene que esperar dos horas para que *el señor esté visible*. En cambio de estos accidentes, ni la sala, ni la pieza que se incubó en ella, ni las demas que se siguen, tienen gran luz; pero eso debe servirnos grandemente para que la vista no se lastime.

Con la mitad de la antigua casa se ha hecho una, y con el resto otra, ambas con igual número de piezas á las que toda ella tenia en mejores tiempos, milagro que está suficientemente esplicado con el sistema de tabiques, pajareras y alacenas, á lo que pomposamente se da el nombre de recamaras, gabinetes, alcobas y antesalas. La vista queda perfectamente satisfecha con la multitud de colores, grecas y rúbricas con que están decoradas las paredes y cielos; los pavimentos están un poco semejantes á los caminos de la república en cuanto á lo montañosos y desnivelados; pero vale que no ha de servir para hacer operaciones geodésicas, ó para observaciones astronómicas, en las que segun dicen, una hoja de papel acerca los astros. Verdad es tambien que el aguador, el carbonero y los demas individuos de esa calaña: tienen que hacer su triunfal entrada por una parte de nuestras habitaciones; pero esos testigos mas tendremos de nuestro modo de vivir, y como ya desde ahora me prometo que ha de ser bueno, creo que no hay razon para que nos escusemos de su testimonio.

Pues bien: lo que es la casa ya esta en facha y solamente nos falta llenarla con todos los diferentes muebles que han de servir para nuestro servicio; y aunque quiero que sean de honra, para lo cual me desentiendo del provecho, no quiero ir á buscarlos á la calle de San Francisco ó la Profesa porque serán ó no de tono: eso lo

decidirá el vendedor sin que yo le pueda poner peros; y lo que yo busco es una cosa que esté ya reconocida y proclamada elegante y con los requisitos de buen gusto que en la corte son indispensables. Por consiguiente, y como la fortuna me protege en todas mis cosas, he aquí que hojeo uno de los periódicos diarios á que por moda me he suscrito, y me encuentro sin trabajo con un aviso que trae en la tercera plana, el cual me cuenta que "habiéndose vuelto para Europa el S. D. X.* ha encargado al que suscribe de la venta de sus muebles compuestos de ajuares de rosa, caoba y cedro, todo de última moda pues era conocido su buen gusto. Todo se vende al mejor postor y los compradores serán servidos á placer."

Para qué buscar mas? El Sr. D. X.* hombre de buen gusto generalmente conocido, no podía tener en su casa sino cosas esquisitas, y vendiéndose en remate particular, á la vista, al contado y sin reclamo, creo que muy torpe sería si no me aprovechara de tal ganga en la que me es fácil hacerme de muy buenas cosas á muy buen precio. Sobre la marcha al remate; tanto mas cuanto que ya va á ser hora de que comienze y será una lastima que no estuviera yo desde el principio para escojer á mi gusto lo mejorcito que hubiera.

El remate estaba fijado para las once de la mañana; eran las diez y media, y por tanto, dando zancadas largas llegué á la casa del Sr. D. X.* con una exactitud inglesa. Estaba allí el que suscribia, tres acólitos y cuatro ó cinco honrados caballeros que presumí fuese compradores. Todos me echaron una rápida mirada, y sus ojos brillaron de placer, cuando analizaron mi bonachona fisonomía. A fuerza de esperar dió la una, y ya entonces la sala estaba completamente llena, sirviendo por última vez, de cuenta del vendedor, todos los muebles para uso del respetable público. Solo me chocaba una cosa que no me la podía explicar. La casa tenia una sola sala y una antesala tambien única, y sin embargo ha-

bia allí sofás, y confidentes, y sillones, y sillas para amueblar y convertir cada una de las piezas, inclusa la cocina, en un decente salon. Eso me reveló un lujo inimitable, y me hizo suspirar por cuanto me veia incapaz de llegar á él. Al mismo respecto se encontraban las camas, los espejos, las pinturas, &c., &c., lo cual no me dejó duda de que en el tiempo de haber estado habitada la casa, forzosamente debieron vivir las señoras en los corredores, puesto que las piezas no dejaban espacio para poner un solo pié.

Comenzó el remate; cada uno de los concurrentes habia con anticipacion echado el ojo á lo que se proponian comprar, y solo esperaba que se pusiera en *puja* para entrar en la lucha. Lo primero porque se comenzó fué un ajuar de sala, compuesto de un sofá, dos sillones y doce sillas, *todo de rosa, vestidos de brocatel de seda, última moda de Paris, en muy decente estado.* El vendedor vestido de riguroso luto y ostentando una rica sortija, un magnífico relox pendiente de un bejuco de oro, paseó sus miradas por entre todos los circunstantes para escuchar la primera *postura*. Iba yo á abrir los labios para ofrecer doscientos pesos por todo, cuando afortunadamente me interrumpió un hombrecillo flaco y descolorido que ofreció diez pesos por el conjunto. Calcula mi asombro al escuchar semejante blasfemia, cuando creí que aun en doscientos pesos era dado, segun las cualidades que enumeraba la voluble é incansable lengua del *vendutero*. "*Diez pesos, señores, me han ofrecido por un sofá, dos sillones y doce sillas, todo de rosa, vestido de seda, última moda &c.,... ¿no hay quien dé mas? Vamos, señores: estos son muebles que en la calle de Plateros no costarian ménos de trescientos pesos.... Diez pesos!... veinte pesos!... veinticinco!... treinta!...*" y seguia subiendo, y volviendo á todas partes sus ojos que leian sin duda los guarismos en el espacio; que por ninguna voz oia yo á lo ménos. "*¿No hay quien*

dé mas?" y amenazaba dar un martillazo en la mesa, pero se contenía en el acto, porque uno de aquellos cuatro ó cinco individuos que yo había encontrado á mi llegada, dejaba escapar una puja mayor. *Cincuenta pesos! cincuenta y cinco! . . . sesenta!* y seguía buscando números en la frente de todos los que estaban allí, hasta que alguno otro dejaba oír su voz ofreciendo algo mas. Así siguió la danza; los tales muebles, merced al empeño que manifestó uno de los que ántes he dicho, subieron á trescientos cincuenta en lo que le fueron adjudicados á un hombre de barba larga y de ojos muy grandes.

Como aquello me sirvió de ensayo pude ya, en el lote siguiente, entrar en la cuestión. Tratábase de otro sofa, otros dos sillones y otras doce sillas, también de última moda de París, aunque muy desemejantes á los otros; quizá porque no hay solo una moda. "Se remata, señores, este magnífico sofá, con sus dos sillones correspondientes y doce sillas, todo de rosa con vestidos de seda y cerda. ¿Cuánto vale todo esto, señores?" Nadie chistaba; pero yo que ya tenía ejemplo que imitar, me aventuré á decir diez pesos.—"Diez pesos, señores, por este ajuar, cuando de viga costaría mucho mas! Miren ustedes, señores, es rosa garantizada, enteramente nueva, y en la calle de San José el Real no costaría menos de doscientos cincuenta pesos: ¿No hay quien dé mas? . . . veinticinco pesos . . . veintiocho . . . treinta . . . treinta y cinco."—Cuarenta, dije yo á la buena de Dios.—Cuarenta pesos: ya el señor se va convenciendo de que vale el dinero . . . cuarenta y cinco . . . Sesenta, exclamó uno de los susodichos.—Sesenta . . . setenta . . . ochenta.—Cien, dije yo nuevamente.—Cien . . . ciento diez . . . quince, diez y ocho.—Ciento treinta, dijo mi antagonista.—Ciento cincuenta, repliqué yo.—Doscientos, dijo aquel herido en su amor propio.—Doscientos veinte, repuse, y creí haberlo aplastado; pero na-

da: él parece que tenía muchas ganas de evitar mi compra, y dijo lleno de despecho.—*Doscientos sesenta!* Como á juicio del vendedor aquello valía en San José el Real doscientos cincuenta, creí que me era mejor ir allá y por lo tanto me callé. Mi hombre palideció visiblemente, y creo que fué por una terrible mirada que le dirigió el gran sacerdote, la cual me debió el concepto de injusta, puesto que le pagaba muy bien sus muebles. Se apuntó su nombre y siguió el remate.

Sobre poco mas ó ménos así se fueron vendiendo las demas cosas, hasta como á las seis de la tarde, hora en que se citó para el día siguiente á fin de continuar la venta. Yo por fin no pude tomar sino un espejo, en un valor muy cómodo segun me dijo mi adversario, quién á poco me dió mil excusas por su oposicion, y aun llevó su complacencia hasta ofrecerme el ajuar que me había disputado; caballerosidad que en manera alguna quise admitir. El espejo me costó sesenta pesos. Ví vender allí algunos juguetes para tocador que debían ser muy apreciables, por cuanto la lucha que se entabló para su adquisicion, fué mas viva que una lid electoral; y en esa disputa cada pieza llegó á tener un valor de tres pesos, aunque otras semejantes las había visto dar en tres ó cuatro reales. Ví ofrecer quinientos pesos por un cuadro que el vendutero afirmaba ser de Rubens, y que á mí me consta habérselo visto fabricar á un regordeta mejicano á quien encargué hace poco un retrato. Ví dar en trescientos pesos una escopeta que fué propiedad del príncipe Eugenio, y que sin embargo un amigo mio había vendido hacia poco tiempo en veinte pesos porque no estaba en corriente. Respecto de mi espejo hoy he sabido que en la casa de Michaud solo me habría costado unos veinticinco pesos.

Al día siguiente fué un momento; luego se me hizo lugar; pero los asiduos compradores de la víspera me chocaban mucho, y desde el momento en que alguno de

ellos tomaba la palabra, dejaba yo de hacer proposiciones. Así es que nada compré ni volví á pensar en buscar bueno, bonito y barato. Mucho tuve porqué alegrarme cuando ví que uno de los compradores se quejaba de que el ajnar de sala que habia comprado por de rosa, le salia de pino pintado y barnizado: que otro se lamentaba de haber recibido alfombra usada á razon de seis reales vara, cuando á siete la habia nueva en los depósitos, y así de lo demas.

Despues que salí de allí supe que el Sr. D. X.* repudiaba las siete octavas partes de lo que se habia puesto en venta como suyo, y que lo mas habia salido de tales ó cuales almacenes, cuyos propietarios iban á licitar en el remate y á dar á los efectos precios fabulosos. Estos, fingiéndose postores obtienen una de dos cosas, ó vender muy caro al bauzan que se empeña en contrarestarles, ó si se finca en ellos el remate puede al dia siguiente exhibir una prueba de que tal cosa les cuesta tanto, para lo cual enseñan su lote; y de ese modo se dejan pedir cuanto les ocurre. O si hay alguna cosa que en realidad se venda á precio bajo, ellos la abarcan y despues anda de remate en remate como si fuera jubileo circular. Tales individuos llevan el nombre de *paleros*.

Cansado por tanto de perder el tiempo sin provecho fui á donde debí haber ido primero, á los almacenes de muebles, donde si no encontré cosas que merecieran el nombre de nuevas, elegantes y de buen precio, hallé en cambio las sillas renovadas del Sr. Z*, el confidente rejuvenecido del Sr. S*, la consola disfrazada del Sr. K* y otros objetos que habian ya hecho sus servicios en el mundo, y que por tanto tenian derecho á la jubilacion.

Cargado de todas mis compras, ó mejor dicho, cargados los conductores, llegué á mi nueva mansion á hacer que el tapicero las colocara; pero ¡aquí de Dios! Por mas que nos devanamos los sesos en discurrir por dónde

entrarian los sofás, nos quedamos en la misma. La escalera tenia tantos escalones como vueltas y los muebles no eran como culebras que se podian enroscar. Las puertas eran tan estrechas como conciencia de beato, y los sofás no eran de goma elástica para poderlos oprimir y enjutar. Una mesa hizo su ascension por los balcones y se ha quedado hasta hoy á medio camino. Una cama se presta á entrar, pero sin cabeceras y sin piés. En suma, todos ó casi todos los muebles protestan contra la taxativa que les ponen las puertas y corredores, y estoy muy próximo á presenciar una escision, un desmembramiento, una acta de federacion entre todos aquellos palos amenazados de un fraccionamiento absoluto.

El tapicero me consuela en tal trabajo, diciéndome que no hay cuidado, que todo ha de domiciliarse allí; pero si no es que discurra ensanchar las puertas, á lo que se niega el dueño de la casa, no comprendo cómo podrá, hacerlo este buen hombre. Mucho me temo que nos veamos en la precision de ó no tener muebles ó tenerlos propios para lilliputienses, que no sé qué será mejor.

Adios, Bibiana. Muy pronto nos veremos las caras, pues se aproxima el gran dia de tu regeneracion social.
— *Caralampio*.

México, 4 de Julio de 1859.

Como una prueba concluyente de la ilustrada civilización de la corte, puede citarse el empeño que hay en escribir y leer periódicos, ora se llamen de literatura y variedades, ora lleven el nombre de políticos y religiosos, ora, en fin, sean una miscelánea completa de cuanto puede apetecerse en esa línea. Sin embargo, parece que las actuales circunstancias no son muy favorables al periodismo, puesto que apenas existen cuatro en estos momentos; pues aunque han aparecido días atrás algunos otros, morían tan intempestivamente, que ni lugar había para sus funerales.

Yo he sentido la desaparición de algunos, principalmente literarios, porque en ellos encontraba momentos muy satisfactorios, ya leyendo las novelitas verdes que

consagraban á las señoritas, ya instruyéndome en el modo de curar las heridas que hacia un mal fuste en el lomo de un caballo, receta que se daba á las mismas señoritas, por lo que pudiera importarles. He sentido también la muerte de otro risueño publicista, que nos proporcionaba verdadero soláz, principalmente cuando con su irimitable gracia y salero injuriaba á los mexicanos por haberle dado hospitalidad; y cuando por decir gracejos nos regalaba los epítetos de bestias, de pícaros, de venales, sin perdonar al mas encopetado. Lo he sentido, porque todo esto instrua y recreaba; y cualquier padre de familia podía con seguridad dejar en manos de sus hijos esas precicatas de moralidad y de respeto á la sociedad entera. Pero puesto que han pasado á mejor vida, respetemos su sepulcro y hablemos de los vivos.

Estos como digo son cuatro, y pueden compararse á mi modo de ver con los novísimos, así por los distintos caracteres de cada uno, como por el modo con que se conducen.

La muerte la veo yo en el que llaman *Diario Oficial*: tanto es de severo y descarnado que nunca se le puede roer maldita la cosa. Sus ocupaciones son del todo oficiales, y no hace mas que publicar las comunicaciones de los ministerios, los partes de los gefes, las sesiones de la sociedad de geografía y estadística y las píldoras y unguento Holloway. Qué se puede decir de este? Lo mismo que de la muerte que es inevitable y no admite chanzas. Déjémosle por tanto.

El juicio está representado en un papel chisgaravís y enredador, fison, y entrometido que no deja títere con cabeza á quien no ajuste las corcobas. Llámase *Diario de Avisos*, y tiene la misión de llamar las cosas por su nombre y hacer un escrutinio de las acciones de cada *quisque*. Continuamente está en pleitos con todos, porque no á todos les agrada que saquen sus trapitos al sol:

y este prójimo se saldria de la misa de doce y cuarto, que es la última por decir cuatro frescas del lucero del alba. Tiénenle grande ojeriza los que temen ser llamados á su tremendo tribunal, porque hace mucho tiempo que está en la creencia de que su mision en la tierra es la de enderesar tuertos. Verdad es que muchas veces no es tan sesudo que su fallo sea infalible; pero es juez humano y ya sesabe que la humanidad es imperfecta; y muchas veces se deja llevar de testigos falsos que lo hacen firmar una pilatuna. Pero esta disculpa la podrán siquiera alegar otros que tienen por oficio juzgar? A lo ménos á este censor implacable no se le puede argüir de cohecho ó de corrupcion, sino mas bien de esceso de severidad.

De un pecado si no le absolveré nunca del de hurto; porque ese lo comete con la mayor frescura el dia que se encuentre sin pasto para su ordinaria ocupacion: copia artículos enteros de cualquier parte, y si no los dá por suyos deja que entiendan que lo son. El quiere disculparse con el mal ejemplo; porque dice que todos hacen lo mismo, y aun él es víctima de esos despojos. Será así, pero siempre quisiera yo que no se echará á la bartola, sino que trabajara personalmente, puesto que le sobra ropa de que cortar. Ha ofrecido la enmienda: veremos si la tiene.

El infierno está en frances, y como tal infierno se revela siempre contra todo aquello que le puede disputar sus victorias. Merced á ciertos temorcillos, solo medio abre la boca para que no se le olvide el movimiento cuando sea tiempo de engullir. Nunca trata sino con deferencia á los que por allá en nuestras Batuecas ú otros lugares semejantes se han constituido enemigos del alma. Suelta allá como al descuido algunas palabritas, que aunque aplicadas á otro país, tienen mucha cabida en nuestros asuntos; y cuando se trata de que alguno se desfogue contra los otros papeles, de seguro que en él

se encuentran siempre los preliminares. Yo entiendo que si no se le sujetaran tanto las fauces, algunos sapos y culebras veriamos salir de allí. Por lo demas, hasta ahora no inspira temores: quién sabe si mas tarde se desquitará de ese prudente silencio que ahora guarda.

La gloria, como que es lo mas apetecible, lo mejor que el hombre puede buscar, ya sea la gloria que disfrutan los bienaventurados en el cielo, ya sea la gloria que en el mundo buscan los grandes hombres, la veo figurada en el Diario llamado la *Sociedad*, periódico aristócrata, sério, gravadoso y lleno siempre de pretensiones. Publica siempre unos artículos de chuparse los dedos; sus materias son de muy alta categoría; nunca divaga en futelezas, nunca descende á pequeñeces. Es verdad que para llegar á la sustancia de un artículo de cinco columnas, hay que apurar primero las cuatro y media consagradas á los preliminares y antecedentes; pero eso sí, en la última media columna se desquita y cotunde á los que se ha propuesto combatir.

Como sus artículos son siempre de un mérito indisputable, y como ademas ha adoptado por epígrafe una divisa soberbiamente guerrera, se pelea á cada momento porque le toman tal ó cual noticia, y luego lleva su paciencia hasta formar un índice de los párrafos, ó de los títulos de los párrafos que le copian; siempre sin perjuicio de copiar á su vez lo que mas le agrada. Elevada y viviendo siempre en las altas regiones, ve con el mayor desprecio á los que andan en este valle de lágrimas, y se entrega toda entera á la contemplacion de la beatífica felicidad que nos rodea. Para ella estamos en el Eden, y mucho mas lo estaremos cuando cierto personaje logre organizar el desórden y moralizar la inmoralidad, lo cual cree tan fácil como sorberse un huevo tibio.

Ya he dicho que sus artículos son siempre de un sabor celestial, y tú veras si lo son ó nó cuando sepas, aquí reservadamente te lo digo, que no tiene inconve-

niente en prohijar el de algun santo padre ó el de alguno de los mas célebres escritores. Hasta el padre Lammenais ha pagado su contingente; por supuesto en plata de buena ley, porque la chagolla solo se admite por des-cuido.

En cuanto á mentir, ni por pienso: ayunaria cuatro cuaresmas á pan y agua, si acaso no se mordía la lengua cuando tales tentaciones le vienen. Que alguna vez la engañen, podrá suceder, muy principalmente cuando da oídos á un cuervo que suele irle á cantar cuan torpemente sabe hacerlo, y se deja llevar de sus notas.

Hé aquí el periodismo de la corte. Por leer estos cuatro papeles se desviven mas de cuatro personas, y apénas han saltado del duro ó mullido lecho, ya preguntan por alguno de ellos. Muchas veces no les encuentran gran cosa, y entónces hacen una mueca de desagrado; pero si alguno de ellos sostiene con otro una polémica interesante sobre si Don Fulano se levanta á las diez ó á las dos; sobre si en el teatro se dieron de cojinazos ó fueron bastonazos y entre quiénes, entónces el periódico tiene un grande interes, se le lee sin descanso, se le lleva por todas partes, y se le muestra á los amigos. Porque una de las condiciones mos esenciales del periodismo, es que se ocupe de trivialidades y de chismes.

Todavía hasta ahora no he podido dar con un periódico que escriba razonados artículos sobre hacienda, sobre administracion, sobre derecho público, sobre ciencias, sobre artes, sobre algo de provecho. Son unos busca-piés cuando mas, que inician una cuestion, sueltan magistrálmente tres ó cuatro frases de estampilla, y ahí quedó todo. Muchas veces ni se toman el trabajo de probar sus proposiciones, sino que las dan por tan admitidas, que parecen artículos de fé.

Verdad es tambien que el dia que quieran abrir cátedra para cualquiera ciencia, ese dia se borrarán de la lista de suscritores, lo ménos noventa y nueve de cada

oien, y el restante bostezará de fastidio, y solo recibirá el papel para recortarle el folletin, caso que fuera una novelita. Tanto así es lo que en la corte gusta leer cosas serias y de provecho. Por consiguiente, á tales lectores tales escritores.

Muchas veces se encuentra en la seccion de avisos de tales periódicos, alguna cosa tan rara, tan original como la siguiente: "*Las mulas que se perdieron el dia 18 del pasado en el puente de San Javier, darán una buena gratificacion al que las entregue en el meson de San Pedro y San Pablo.*" O como esta otra: "*Se vende un novillo de todas leches en buen precio. Dará razon en la plazuela de la Santisima.*" Por mas que yo busqué las mulas para preguntarles á cuánto llegaba la gratificacion que habian de dar á quien las condujera á su casa, no supe dar con ellas; así como tampoco pude encontrar el novillo para que me diera razon de por qué y cómo se vendia.

Esto es lo ménos notable que se suele encontrar, que algunas veces hay cosas que ni yo con toda mi batucada me atreveria á decir; pero en la corte pasa todo, porque en la corte hay dispensa absoluta de buen sentido respecto de publicaciones, y lo que importa á estas es llenar el papel y tener un buen número de suscritores.

Hasta otra vez, hija mia. Por ahora te envío unos números de los periódicos cortesanos, con algunos confites dentro. Creo que no han de estrañar tamaña dulzura, pues bien acostumbrados están á ella. Adios.—
Caralampio.